



PREMIO NACIONAL
DE PERIODISMO
**SIMÓN
BOLÍVAR**

**Palabras de la ganadora del Gran Premio a la Vida y Obra de una Periodista,
edición 48, 2023
Cecilia Orozco Tascón**

Bogotá, 15 noviembre, 2023

Doctor Miguel Cortés Kotal, **Presidente del Grupo Bolívar**

Doctora Silvia Martínez de Narváez, **directora del Premio Nacional de Periodismo
Simón Bolívar**

Escritora Kateryna Babkina, **invitada especial**

Señores miembros del jurado con su presidenta, escritora Yolanda Reyes.

Colegas:

En primer lugar debo agradecer a los miembros del jurado del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar el gran honor que me han dispensado seleccionando mi nombre para recibir el galardón a la Vida y Obra de este año.

Les expreso mi infinito agradecimiento porque este premio es la mayor aspiración de cualquier periodista colombiano, un título moral de “doctorado” de nuestra profesión. Siendo así, este galardón significa la culminación de mi larga carrera de reportería, de la manera más bonita y satisfactoria.

Fiel a la norma que me tracé desde el inicio, en el sentido de ser leal a mis principios, debo decir, con todo respeto pero también con toda franqueza, que en las décadas en que he participado de los éxitos y los fracasos de nuestro oficio, esta es, a mi juicio, una de las etapas de mayor crisis de credibilidad del periodismo colombiano frente a nuestras audiencias....

Una crisis que se ha ido gestando con la presencia de enormes retos que no hemos podido enfrentar en su verdadera dimensión y hondura, tal vez porque no somos, aún, conscientes de la misma.

El primero de esos retos, que se nos ha ido colando en las salas de emisión de noticias sin ninguno de los controles humanos que sí se han autoimpuesto los medios internacionales más prestigiosos, es el de la dominación que ejerce la Inteligencia Artificial cuando nos ordena, de acuerdo con algoritmos y otras mediciones de sus supercerebros computarizados, lo que está bien o mal en las formas que usamos al momento de publicar las noticias; cuando nos indica los términos que nunca deberíamos volver a emplear, por ejemplo, en los titulares, porque, si lo hacemos, presuntamente perjudicamos la velocidad de rotación de los informes en redes y plataformas.

Es la Inteligencia Artificial la que –como censora silenciosa y omnipresente– les señala a los sitios web de los medios más potentes, las palabras altisonantes que hay que destacar en el cuerpo de las informaciones, los aspectos para resaltar y los detalles que hay que omitir porque, según certifican las mediciones, ocupan más tiempo y atención del promedio necesario.

Pero no solo ha modificado la superficie. También viene cambiando los contenidos y las prioridades en los espacios a tal punto que los medios que hasta hace relativamente poco, tenían influencia social y política reconocidas, cambiaron de personalidad: no se parecen a la imagen que crearon durante décadas de esfuerzo.

En aras de adaptarse a la era digital –lo cual es imperativo pero no por eso, irracional– sacrificaron su sello profesional de años y hasta siglos, por conquistar a millones de comillas, “usuarios únicos”, vaciando sus contenidos o llevándolos a la profundidad de solo un centímetro, si me permiten hablar en términos lineales. La razón que los impulsa es clara: los éxitos mediáticos se miden en cantidades, millones de cantidades. Parece que la calidad en las informaciones ha pasado de moda.

Con la eliminación de la calidad como prioridad, han sido relegados, lastimosamente para el periodismo profesional (por fortuna no en todos los casos, hay que decirlo) los principios legendarios del oficio: el rigor en la verificación de los datos, la investigación desapasionada sobre los hechos que se cuestionan, la exactitud en los detalles de cada denuncia, el contraste en las versiones, la parte y la contraparte de una historia, la separación entre las informaciones con su tratamiento estricto, y la libertad de las opiniones.

Extraje, para poner unos pocos ejemplos, los titulares que dominaron el *home* de uno de los medios más consultados del país, un día cualquiera:

“Lo que se sabe del hombre asesinado por sicario mientras su hija pedía dulces”; “El hombre que entró a un gimnasio y robó a los clientes en solo seis segundos”; “Identifican al dueño de la camioneta de alta gama en la que encontraron un cadáver”; “las últimas imágenes del DJ Felipe Vásquez antes de su asesinato en noche de Halloween”.

No estoy segura de que esa sea la prensa que necesitan los colombianos en medio de la convulsión político – económica – social que vivimos...

.....

El segundo gran reto que estamos en la obligación de encarar los periodistas, tiene otro fondo: la recuperación del prestigio de nuestra profesión. La encuesta Edelman 2023 sobre credibilidad en las instituciones del país, muestra que únicamente el 34% de los periodistas y el 38% de los medios cuentan con la confianza de sus audiencias, con tendencia a la baja. En la encuesta Invamer, el resultado tampoco es satisfactorio: el 53% no cree que seamos fuentes confiables de información: <https://www.asuntoslegales.com.co/actualidad/en-colombia-se-tiene-mas-confianza-en-el-sector-empresarial-que-en-gobierno-y-medios-3605773>

Significa que más de la mitad de las personas que nos ven, nos leen y nos escuchan, no cree que estemos relatando sucesos ciertos o, al menos, que estemos siendo precisos e imparciales. Vivimos, entonces, una crisis profunda porque nuestro oficio existe por la necesidad de la sociedad de estar bien informada para poder tomar posiciones, decisiones, o para estar o no de acuerdo con lo que le proponen los gobernantes y líderes políticos, empresariales y sociales.

Y, ¿por qué no nos creen los ciudadanos? Hay varios factores pero sobresale uno que no deberíamos pasar por alto puesto que afecta particularmente a Colombia: por arte de la democracia electoral, el actual poder Ejecutivo es diferente: no entro a calificar si es bueno, regular o malo; lo que sí no puede discutirse es que es distinto a todos los que lo precedieron, por su estilo, por quienes lo representan, es decir, un grupo diverso de personas que no se parece a los sectores que tradicionalmente han dirigido al país; y por las sorpresas que conllevan las propuestas que ha planteado y que, francamente, desafían el statu quo.

Es un cambio radical que ha puesto a prueba la capacidad de los intérpretes del acontecer diario, o sea, de nosotros, medios y periodistas, de traducir la realidad presente con elementos que carezcan, en la medida de lo posible, de subjetividad, y que, en su lugar, analicen los complejos problemas planteados para transmitirlos con fundamentos, a nuestras audiencias. Un periodismo democrático estudia, se adentra en cada caso y emite informaciones que llegan a conclusiones favorables o desfavorables, no importa, siempre que sea con argumentación sólida, más que con prejuicios o sesgos personales.

¿Tenemos derecho a asumir, como ciudadanos que somos, posiciones políticas? Desde luego que sí: ni más faltaba. Pero no podemos yuxtaponerlas cuando ejercemos el rol de reporteros o narradores. Si se cumplen los estándares del mejor periodismo, este tiene que ser implacable pero también impecable en su rigor ético.

El ejercicio de la libertad de prensa, cuando ese ejercicio coincide con los intereses de los poderes públicos y privados, difiere, claramente, del que va en contravía de los mismos. En el primer caso, usted complace a sus patrocinadores. En el segundo, usted nada contra la corriente y siempre habrá quien intente ahogarlo, muchas veces con éxito.

El otro enemigo siempre presente en esta sociedad tan poco elástica, tan poco tolerante y, en el fondo, tan poco democrática, es el que encarnan quienes se consideran intocables, bien desde los gobiernos, bien desde los emporios particulares, algunos legítimos y otros que operan fuera de la ley. Estos señores poseedores de mucho poder, unas veces unos, unas veces los otros, saben presionar a los medios y periodistas que hemos escogido ejercer la profesión con independencia.

Hay que admitir que algunos tienen razones para objetarnos y que cuentan con derechos –como todo el mundo–, entre ellos, el del uso de los mecanismos previstos en las normas. El problema es que no saben o no quieren saber cómo tramitar sus reclamos y terminan afectando los derechos fundamentales de todo el gremio. El resultado de las intimidaciones no se ve pero se siente: que lo digan las familias de los reporteros asesinados por cumplir con su tarea.

Estas son solo algunas pinceladas sobre la foto que veo hoy, de una parte de los periodistas y medios colombianos.

Antes de terminar, quiero darles las gracias y compartir este premio con mi familia tan comprensiva con mis largas ausencias; y con mis familias profesionales, mis casas por más de una década, Noticias Uno y El Espectador. Mi energía de periodista de toda una vida en este oficio, me ha guiado en un solo sentido: el ejercicio recto, honesto y humilde de la profesión. Muchas gracias.